

La Ilustración Artística



Artística

Año XVI

← BARCELONA 28 DE JUNIO DE 1897 →

Núm. 809

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TIPOS MADRILEÑOS.—La trapera, dibujo inédito de Alfredo Perca

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Influencias*, por Emilia Pardo Bazán. — *El marqués de Molins*, por Eduardo Zamora y Caballero. — *Los rievales*, por Agustín Marcos. — *Homero y Compañía*, por Eduardo de Palacio. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Isabel, la de los cabellos de oro*, novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt (continuación). — *El jubileo de la reina Victoria de Inglaterra.*

Grabados. — *Tipos madrileños. La trapera*, dibujo de Alfredo Perea. — *Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins.* — *Sevilla. Puerta de los judíos en el ex convento de San Pablo*, dibujo de Manuel García Rodríguez. — *La muerte de Manón Lescaut*, cuadro de A. Matignon. — *La pared de los judíos en Jerusalén*, cuadro de G. S. Hunter. — *Cabezas de estudio*, cuadros de Antonio Torres Fuster. — *Un desengaño*, cuadro de Alberto E. Sterner. — *Una maja*, dibujo de José Llovera. — *Paisaje montañoso. Un vado*, dibujo de Mariano Pedrero. — El célebre pintor *Luis François. Mr. Barney Barnato.* — *Mimosa*, escultura de Emilio Orduña. — *S. M. la reina Victoria de Inglaterra. Jubileo de la reina Victoria de Inglaterra. Su coronación en 28 de junio de 1838 en la abadía de Westminster (Londres).* — *Maniobras*, cuadro de José Cusachs.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

INFLUENCIAS

Un escritor insigne decía hablando de Francia: «De las personas que nos encontramos en la calle, la tercera parte lo menos va á cualquier sitio á solicitar de cualquiera cualquier cosa.» En España tendría que extender su afirmación, y contar que son más de la mitad de los transeuntes; y el resto, gente que sale á «matar el tiempo,» ese recalcitrante inmortal que acaba por enterrar á sus asesinos.

Lo único en que aquí suele derrocharse actividad, es, efectivamente, en fomentar, desarrollar y cruzar influencias de toda especie, devanándolas en complicada madeja, para conseguir de tal manera lo que sería mejor obtener por medio del trabajo, la industria y la constancia. ¿Es que nuestra raza carece de la fuerte iniciativa de la raza sajona, la que redobla tan vigorosamente el pronombre personal *I, myself*, y se apoya, como en férrea columna, en el *self-help*, la ayuda propia? ¿Es resultado de una larga práctica de determinados sistemas políticos, en los cuales lo hacen todo el favoritismo y el capricho de los gobernantes, y poco ó nada el mérito, la energía y el valer del sujeto? ¿Es la maravillosidad, es la propensión de nuestra meridional fantasía á inventar y forjar golpes de la suerte, inverosímiles é inauditas combinaciones del acaso; á soñar la mágica varilla del brujo, la casualidad feliz que hace encontrarse en un mesón ó en una feria y fraternizar al general con el recluta, al rey con el pastor, al millonario con el mendigo, cambiando de súbito la decoración del destino, convirtiendo al recluta en oficial, en primer ministro al pastor, al mendigo en capitalista? ¿Es que en efecto se consigue aquí todo, ó casi todo, por el atajo de las influencias y de las recomendaciones, y que ese camino tortuoso es, realmente, más seguro y firme que el camino recto, pero pedregoso y áspero, de la laboriosidad y del merecimiento? Confieso que muchas veces he meditado acerca de este problema, al ver la formidable importancia que revisten en la vida contemporánea «los empeños.»

Hablo ¡ay! de males que padezco, de chinchorreías que me abruma. No soy personaje político, no soy ministro, subsecretario, director, obispo, gobernador civil, diputado, senador, cacique, ni cosa que lo valga. Me paso la vida entre mis libros; puedo llamarme en cierto respecto un cero á la izquierda, y si el rodar de la bola trae para España complicaciones, desventuras, crisis, bajadas y subidas, no es ciertamente que yo empuje ni con el dedo meñique la bola susodicha. Pues á pesar de estas condiciones en que me ha colocado la condición de mi sexo; á pesar de que las incapacidades legales de la mujer deberían servir siquiera para que no nos hostigasen «recomendando,» no pasa día sin que me vea agobiada de solicitudes, sin que de palabra y por escrito soliciten de mí tirios y troyanos, hasta indiferentes y desconocidos, un sinnúmero de favores, puestos, momios, gangas, empleos, cargos, ascensos, colocaciones, traslaciones, ventajas y beneficios. A mí me piden que pida indultos, que dé capellanías, curatos y canongías, que haga fallar pleitos en este sentido ó en el de más allá; que ponga en colegios gratis á niños y niñas; que vindique agravios, que repare injusticias, que maneje palillos tan delicados como los de oposiciones y concursos á cátedras, notarías y registros de la propiedad; que active la concesión de pen-

siones, el cobro de atrasos, y hasta, por pedir, me piden neutralidad... ¡Esto es lo más fácil de conceder!

La recomendación es capciosa é insidiosa. ¿Por qué hemos de negarnos á una obra benéfica, un acto de generosidad realizado así al descuido, como quien no hace nada, sin que nos cueste sacrificios en metálico, sin más gasto que el de saliva ó tinta? Es el argumento que emplean los solicitantes para forzar la voluntad. «Una palabrita, dos renglones de su puño... y me he salvado: mis hijos tienen pan, de mi casa se va la miseria...» ¿Quién se resiste? Es decir, ¿quién no se alegraría de acceder y triunfar? Sólo que la suposición es gratuita, pues no creo que ni aun las personas que decisivamente influyen, las *buenas cuñías*, influyan así, con una palabra, con dos renglones. Las plazas, hasta las más ínfimas y mezquinamente retribuidas, no se conceden y reparten á voleo, como piensan los milagreros de la recomendación. Andan tan perseguidas, escatimadas y rebuscadas; está la heredad tan espigada, que hay quien considera menos dificultoso improvisar un ministro, que nombrar un portero del ministerio. Juegan en esta clase de asuntos múltiples resortes, incalculable número de esfuerzos se entrecruzan y entretejen; hay negocio «de colocación» que constituye una verdadera telaraña fina, un laberinto de influencias en diferentes sentidos, dominado por una influencia ó dirección principal que acaba por vencer é inutilizar las restantes. Obtener la posesión de un exiguo sueldo para un protegido, supone semanas y á veces meses y hasta puede suceder que años de postulación paciente, asidua, resignada, heroica. Cualquier recomendación implica un gasto de tiempo que no calculo en menos de veinticuatro horas una con otra; y desprecio por insignificantes, seanlo ó no, los gastos de envío de recados, porte de cartas, etc.

Ahora bien: el tiempo es lo que más suele escasear para los que residen en grandes centros de población y tienen un tablero de quehaceres de mil casillas. Si pudiéramos ir cogiendo uno por uno á los que piden recomendaciones y exponerles el argumento de Rothschild, no sé si les convenceríamos (el solicitante es más terco que mula manchega); pero de fijo les inspiráramos compasión. Es el caso que Rothschild tuvo el humor y la paciencia de ir apuntando en un cuaderno todas las peticiones de dinero que le dirigían y de sumar las partidas al cabo de algunos años; y la suma de los peticorios arrojaba un total muy superior á la fortuna regia de Rothschild. El archimillonario enseñaba la adición á los pediguños y decía: «Si yo hubiese accedido á los ruegos de esta gente, ya lo ve usted..., hace tiempo que estaría completamente arruinado; pediría limosna á mi vez.» Apliquemos á las recomendaciones el procedimiento de Rothschild, y sumemos. Por término medio, una persona que no es poderosa recibe al mes sobre cincuenta ó sesenta cartas ó solicitudes verbales recomendando algo. El mes (no siendo el de febrero) lleva de treinta á treinta y un días. Figúrenos que cada recomendación, entre informes, pasos, carteo, visiteo y demás gestiones, no roba sino *cuatro* horas. Hemos dicho sesenta recomendaciones: á cuatro horas una, en treinta días son doscientas cuarenta horas; diez días, salvo error de cuenta. Pero como el día no tiene más que doce horas útiles, pues hay que descontar siquiera las de comer, dormir, asearse y vestirse, aparecen ya dedicados al desempeño de las recomendaciones unos veinte días del mes. Quedan diez para los asuntos personales de cada cual, para el trabajo, para el recreo, para la familia, para los viajes, para administrar nuestros intereses; en suma, para lo que nos importa á nosotros mismos y no á los demás... ¿Salta ó no salta á la vista lo absurdo de esta hipótesis? Y sin embargo, es tan exacta como la cuenta de Rothschild el rico. Una con otra, las recomendaciones no salen á menos. Si las hay que se despachan con una carta, las hay también que requieren asiduidades varios días. Los indultos — tan difíciles de conseguir — imponen una peregrinación (iba á decir de Herodes á Pilatos, pero diré de Zeca en Meca), un detenido examen de datos y antecedentes, una odisea oficinesca, un gasto de fuerza y de voluntad que asustan. ¡Y qué triste es, entre paréntesis, esto de los indultos! ¡Qué concepto se forma de una sociedad donde la vida humana puede ser pedida y otorgada mediante *recomendaciones*! ¡Qué aspecto tan extraño y lúgubre el problema de la influencia!

Sólo el contestar á las cartas de recomendación (si se contestase), exigiría el dispendio y el tono de un secretario; es decir, que las recomendaciones atendidas nos pondrían en el caso de crear un nuevo empleo á costa de nuestro presupuesto particular. Así es que por fuerza hay que ser mal criado, incivil, grosero y sordo, dando la callada por respuesta expresiva. A decir verdad, no creo que se peque de

grosería cuando el corresponsal desatendido es una persona que no conocemos y á quien no debemos sino la equidad que se debe á todo prójimo, pero ninguna especial consideración. La absoluta imposibilidad de contestar á tanta carta y de recibir á tantos como llaman á la puerta, es ya abonada excusa, pues á lo imposible nadie está obligado. En mi domicilio de Madrid, verbigracia, se presentan mañana y tarde gentes que desean verme con urgencia, á fin de *pintarme el caso*, así diría un personaje de Pereda, ó para *decir su hecho*, según la frase usual de Sanz del Río. El título que alegan más comúnmente es que son de mi pueblo, el cual (la Coruña) tiene una población de cincuenta mil almas. Figúrese el piadoso lector que se haya de franquear la puerta á cincuenta mil personas, y que todas se creen revestidas de derecho á encomendarnos la gestión de sus *petites affaires*. Cuando los que acometen la puerta son despedidos, suelen enfurecerse y prorrumpir en dicerios. «¿Cómo se entiende? ¿No me recibe?» Y hubo alguno que añadió: «¿Conque es escritora y no recibe?» Este, sin duda, identificaba el concepto del escritor con el del memorialista de á real. ¡Oh Musas!

Hay en las recomendaciones algo muy divertido que llamaremos «la cadena sin fin.» Fulanito que recomienda á Menganito, para que Menganito lo haga á Perencejo, y Perencejo á su vez traslade la recomendación á Zutana, la cual ha de *apretar* con Perico de los Palotes; sólo que Perico de los Palotes no es más que una rueda para prender en otra, el señor de Piave, y el Sr. de Piave la influencia decisiva para el Excmo. Sr. de Pezuñanco..., y *cosí via discorrendo*, desde el hisopo hasta el cedro asciende gradualmente la recomendación y llega al fin de su viaje que ya no la conoce su propio inventor. Ni rastro queda en ella de la eficacia del primer deseo; con indiferencia profunda se la transmiten unos á otros los Zutanos, Menganos, Fulanitas y Excmos. Sres., acompañando la consabida fórmula: «Contésteme usted para cumplir con un amigo.»

Estudiando la psicología de los *influentes*, estoy segura de que ese aire precavido, desconfiado, escamado y metido en sí que con frecuencia adoptan los hombres políticos, no se debe más que al terror de las recomendaciones. Andan cariacontecidos y mal engastados, y no pueden entregarse á la expansión, por atender á parar el sablazo de influencia que les descargan en cualquier esquina de un salón, en la calle, en misa (si es que la oyen), á la puerta de su casa, al comer y al dormir... «Dondequiera nuestros enemigos nos acometen y persiguen,» reza la cartilla. Compadezcamos á esos míseros poderosos de la tierra; mucho bien pueden hacer; harto pueden gozar favoreciendo y suscitando la divina armonía de la gratitud...; pero en cambio, ¡qué de acosones! ¡Qué de negativas, qué de efugios, qué de escapatorias, qué ardidés de Piel Roja, qué estratagemas de pirata! ¡Qué sofoquinas, cuánta promesa escrita en el aire, cuánto embuste, cuánta labor sutil para no descontentar á nadie y dar una esperanza á todos; qué de pactos, de transacciones y de cambios de influencia entre personajes; qué abroquelarse, qué recogerse en la concha de tortuga de los aplazamientos!

Las recomendaciones son un aspecto tan peculiar de nuestra vida contemporánea, que he de volver á hablar de ellas: no he agotado la materia hoy, ni mucho menos. Y si me he nombrado á mí misma espero que el lector no lo lleve á mal, puesto que no ha sido con intentos de alabanza: me he presentado únicamente como *caso* de la terrible epidemia que padecemos. ¡Caso que por cierto no deja de ser curioso! Hay en España á estas fechas algunos centenares de personas que sólo ven en mi constante vocación literaria, en mi vehemente afición al estudio y á la palabra escrita, el aspecto útil que para ellas pueden revestir estas mis manías (es posible que así las consideren). Mi asidua labor, mis cicatrices de veterano significan para las personas á que me refiero algo que imaginan que puede serles materialmente útil, y me piden — sin conocerme, ó como algunos dicen, «sin que yo tenga el honor de conocerles» — el destino, el sueldo, la nómina, la colocación. Y si del montón de mis libros no puede exprimirse este jugo, ¿de qué sirven? Maldito si valía la pena de haberlos emborrinado.

Seamos justos. No siempre me escriben para tratar de empleos. Hay aún por ahí quien se acuerda de las letras por las letras. Entre ellos está otro nuevo corresponsal sobre Bretón y Ventura de la Vega, á quien prometo responder en mi crónica próxima. En esta las influencias lo han absorbido todo, como lo absorben y lo dominan en la vida real, saturando nuestra atmósfera de electricidad buscona y pediguña.

EMILIA PARDO BAZÁN



EL MARQUES DE MOLINS

Ministro de la corona, diputado á Cortes, senador vitalicio, embajador, título de Castilla, político influente, noble por su cuna, hombre de mundo para quien los salones de la alta sociedad estuvieron siempre abiertos, condecorado con grandes cruces nacionales y extranjeras, el Excelentísimo Sr. D. Mariano Roca de Togores fué ante todo y sobre todo un literato que prefería las reposadas controversias de la Academia de la Lengua á los ardientes debates parlamentarios; la amistad íntima y cariñosa que le unió toda su vida con Bretón de los Herreros, el trato de los elevados personajes con quienes alternaba por razón de su nacimiento y de los cargos que desempeñó desde muy joven, y sus timbres de autor de *Doña María de Molina*, á los blasones heredados de sus ascendientes ó ganados en la vida pública.

* *

Nació el Sr. Roca de Togores en Albacete el 17 de agosto de 1812. Cuando sus parientes le enviaron á Madrid para que empezara la segunda enseñanza, ya se había cerrado el Colegio de San Mateo, célebre por haberse educado en él tantos literatos ilustres y tantos políticos distinguidos; pero uno de sus directores, el famoso D. Alberto Lista, tenía en su casa, situada en la calle de Valverde, una Academia donde se daban lecciones de matemáticas, historia y literatura. En aquel centro docente estudió el joven, teniendo por camaradas á Espronceda, Ventura de la Vega, D. Juan Bautista Alonso, D. Felipe Pardo y otros que no tardaron en hacer sus nombres conocidos y aclamados. De todos ellos, acaso no viva hoy más que el capitán general don Juan de la Pezuela, conde de Chesté, luciendo todavía con noble orgullo sus entorchados de Príncipe de la Milicia en las solemnidades académicas que preside asiduamente.

Allí, sin duda, adquirió el escolar el buen gusto que caracteriza á todos los discípulos del insigne sacerdote, á quien tanto deben las letras patrias, y el atildamiento pulcro y académico que viene á ser el sello peculiar de sus trabajos literarios.

Cuando hace muy pocos años la novela del padre Coloma, intitulada *Pequeñeces*, alcanzó un éxito muy superior á su mérito artístico, pero no ciertamente á la recta intención moral que inspiró la obra, los maliciosos, queriendo á toda costa que los personajes imaginados por el famoso jesuíta fuesen retratos de personas vivientes, se empeñaron en que el marqués de Butrón era una copia del de Molins, sin más que

porque creyeron encontrar entre uno y otro cierto parecido físico.

Nada hay más inexacto. Aparte de que el autor protesta con honrada sinceridad en varios pasajes de su obra contra los que han supuesto en él la intención de hacer retratos que convertirían un libro

teratura era el eclecticismo, y en política el antiguo partido moderado.

* *

Comenzó su vida pública en 1837, apareciendo en aquellas cortes como suplente de diputado, y á los diez años justos era ministro, bajo la presidencia de Narváez. Desempeñó primero la cartera de Gobernación, para la cual su genio, nada intrigante, y la rectitud de su conciencia le hacían poco apto, y fué después ministro de Marina, en cual cargo alcanzó gran fama y se granjeó el respeto de todos, empezando por conquistar el de sus subordinados, que quizás no verían con gusto que un paisano fuera á mandarlos.

No en vano se ha dicho que España es el país de las viceversas. Entre todos los gobernantes que han regido los destinos de nuestra marina de guerra, los que han logrado dirigirla con mayor acierto, los que más han contribuído á su engrandecimiento, los que con mayor eficacia han impulsado la construcción de material flotante, primer elemento del poder naval de las naciones, ni llevaban el botón de ancla, ni siquiera vestían el uniforme militar. Eran dos paisanos, D. Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, y D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins.

Dejó este último tal renombre en aquel departamento ministerial, que luego de la caída de Narváez, cuando ya el partido moderado empezaba á dividirse y después de muchas vicisitudes que no son del caso, el conde de San Luis fué llamado en 1853 á formar un gabinete, la opinión pública vió con aplauso que el Sr. Roca de Togores recobraba una cartera que en concepto de muchos le pertenecía poco menos que por derecho propio.

Otras varias veces fué ministro en diferentes situaciones, y en muchas le cupo la honra de representar á España en diferentes cortes extranjeras, para lo cual le hacían muy á propósito su fino trato, su perspicaz talento y sus cualidades de cumplido caballero.

En todos sus cargos demostró siempre moralidad irreprochable, gran celo por el servicio público, lealtad acrisolada para con la dinastía de Borbón y una firmeza de convicciones que le permitió morir en 1889, después de 52 años de vida pública, profesando, sobre poco más ó menos, los mismos principios con que apareció en ella.

* *

Hablemos del literato.
Los que quieran saber lo que era aquella reunión



Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, marqués de Molins

«escrito con altos fines morales, en intencionado libelo,» y declara que sus personajes no son *sino tipos de caracteres sociales*, es preciso no haber conocido al marqués de Molins ni poco ni mucho para encontrar analogías de ninguna clase entre su personalidad caballeresca y el acomodaticio político, amigo y consejero áulico de la descocada Currita Albornoz.

D. Mariano Roca de Togores, prócer ilustre, político influente y escritor distinguido, era por su rectitud un caballero de la Edad media, y por su trato ameno y cultísimo un cortesano que hubiera hecho buen papel en los salones de Luis XIV.

Le repugnaba por instinto todo lo vulgar y grosero, y en cambio sentía la atracción irresistible de lo distinguido y de lo bello.

Hombre del justo medio, su puesto natural en li-

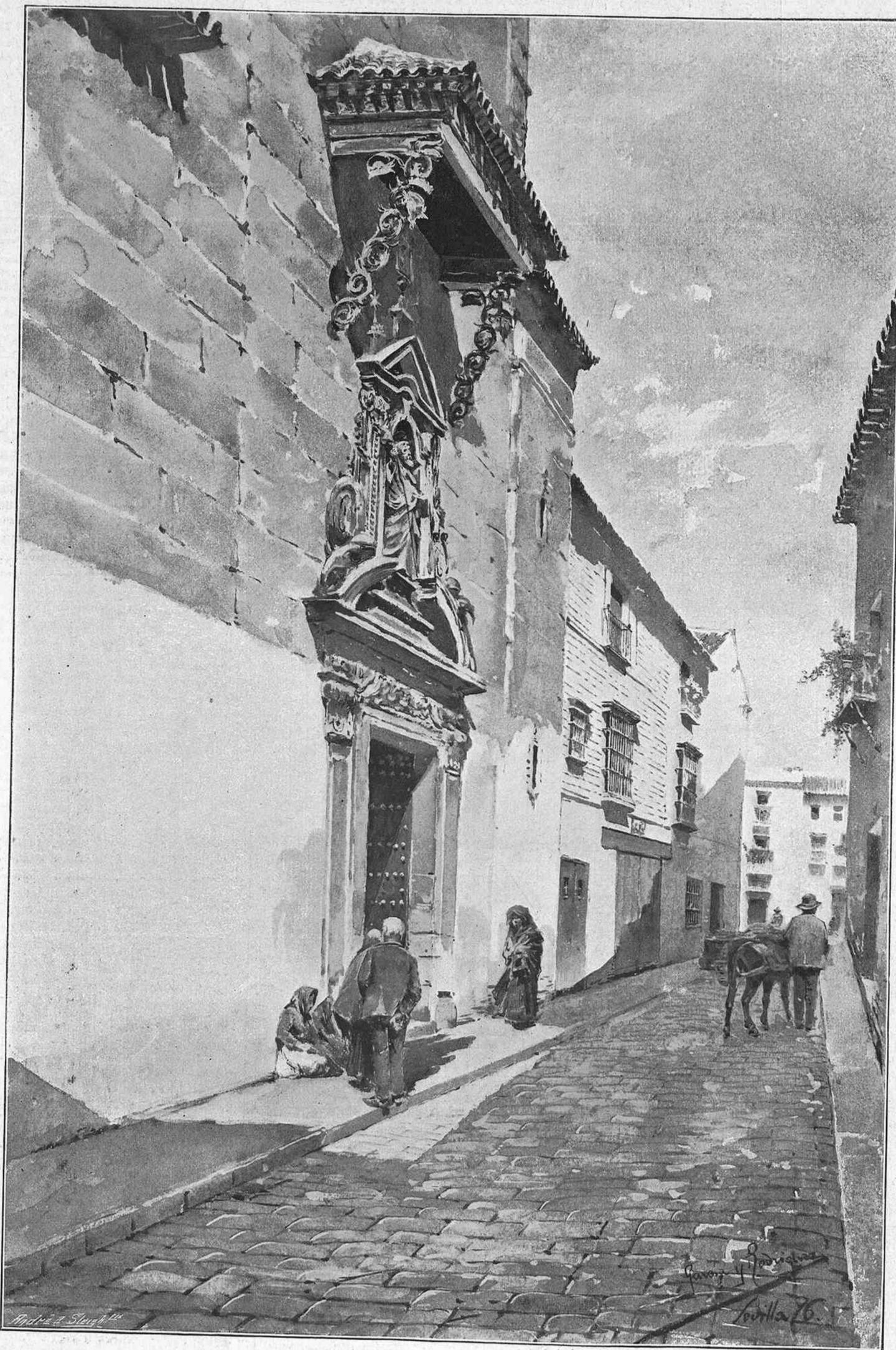
de escritores que se juntaba en el antiguo cafeticho del Príncipe y animaban con sus ingeniosos chistes Ventura de la Vega, y Bretón de los Herreros con sus sonoras y alegres carcajadas, á la cual bautizó

de los cigarros y el tufo del alumbrado de aceite hacían la atmósfera irrespirable, se verificó nuestro renacimiento literario del siglo XIX.

Allí acudió desde su primera juventud Roca de

siempre un tinte de buen gusto que hace verdaderamente agradables todos sus escritos para los espíritus cultivados.

*
*
*



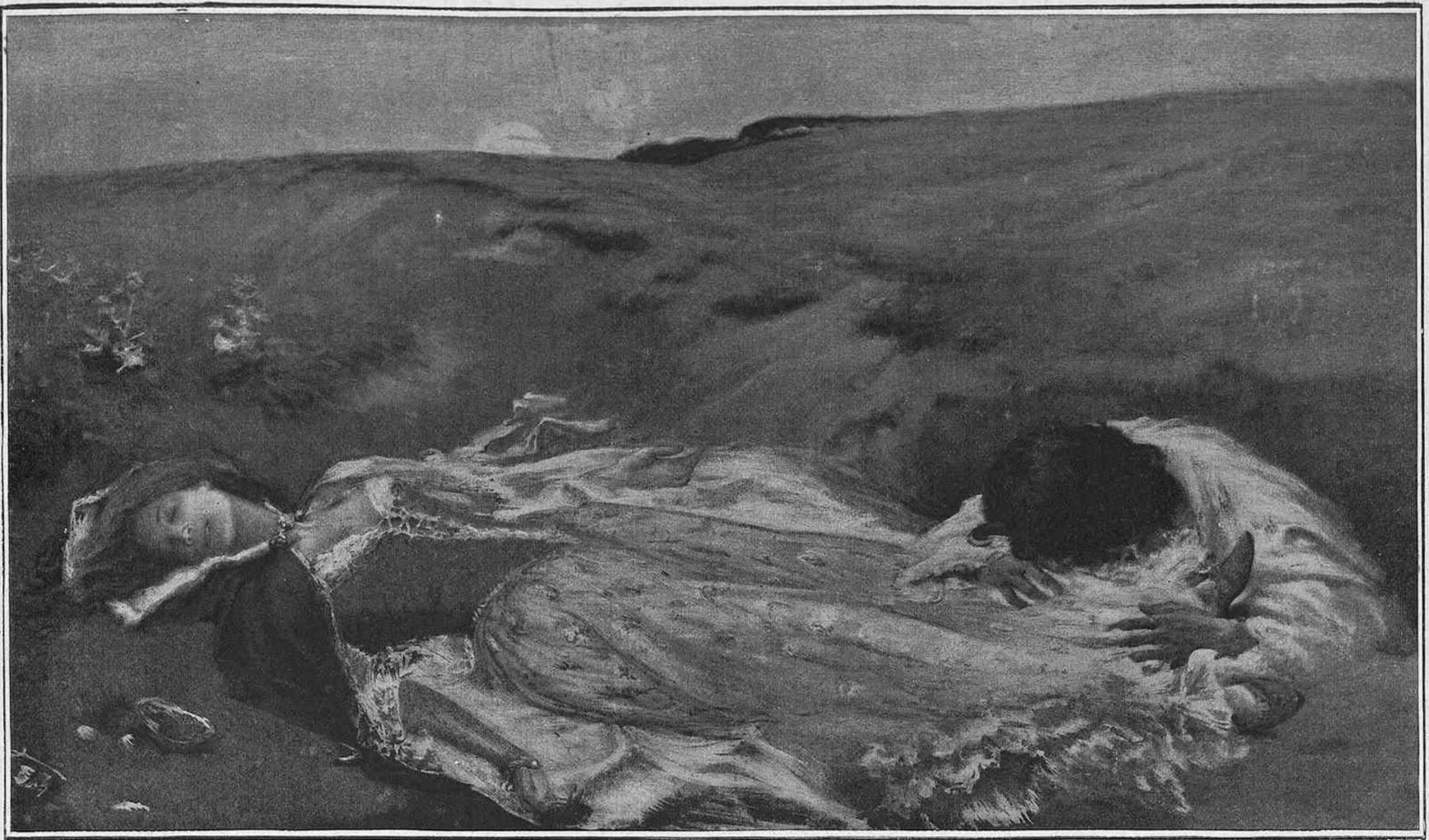
SEVILLA.—Puerta de los judíos en el ex convento de San Pablo, dibujo original de Manuel García Rodríguez

con el nombre de *Parnasillo* D. Juan Nicasio Gallego, deben leer la descripción que hizo de ella el celebrado cronista madrileño D. Ramón de Mesonero Romanos.

La cosa vale la pena, no sólo porque la pintura es de mano maestra, como que se debe á la pluma incomparable del gran pintor de costumbres, sino porque en aquel local estrecho y sucio, donde el humo

Togores; allí trabó amistad íntima con los que eran ya entonces, ó habían de ser muy pronto, nuestros más célebres poetas y nuestros prosistas más afamados; y allí dió á conocer sin duda las primicias de su ingenio, al que la afectación culterana robó espontaneidad y lozanía, lo mismo en sus obras poéticas que en sus discursos parlamentarios, pero al que el estudio y la imitación de los buenos modelos dieron

Compuso algunas poesías líricas, entre las cuales hay varias que han merecido ser citadas con encomio por el eminente D. Marcelino Menéndez Pelayo, y escribió no pocos romances y leyendas de carácter histórico, á cuyas producciones sin duda perjudica la extremada nimiedad del autor en puntualizar los sucesos que sirven de fondo á sus narraciones, con textos de crónicas y citas de legajos polvo-



La muerte de Manón Lescaut, cuadro de A. Matignon (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

rientos, que yacen en el fondo de los archivos más bien para servir á investigaciones de eruditos que para avivar inspiraciones de poetas.

Muy joven todavía, escribió su drama *El duque de Alba*, que luego refundió, mejorándolo notablemente, con el título de *La espada de un caballero*, y por último, queriendo amalgamar los procedimientos de los románticos franceses con las tradiciones de nuestro teatro clásico, escribió *Doña María de Molina*,

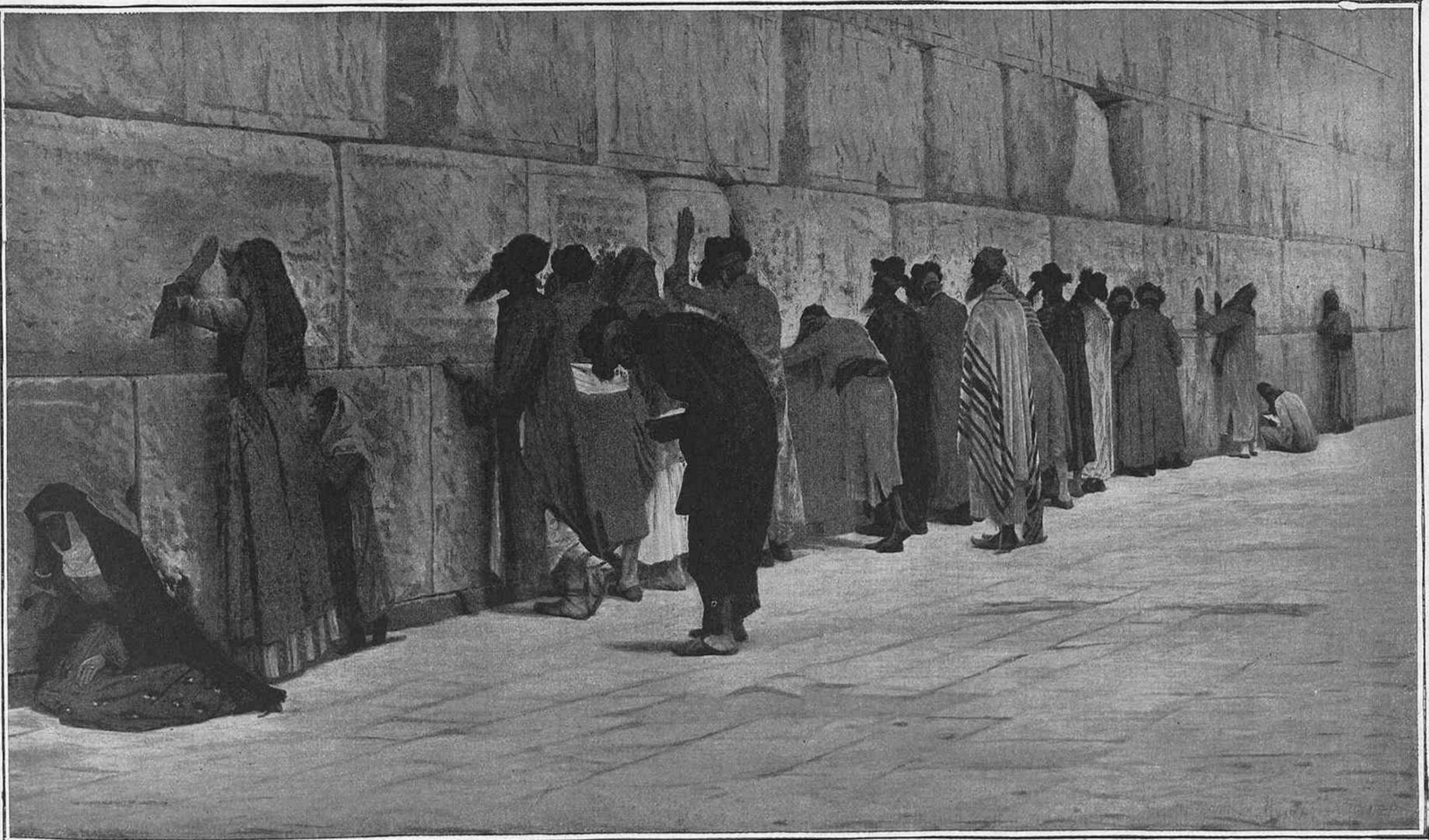
que le proporcionó un triunfo tan ruidoso como merecido.

* * *

Llegado prontamente, como he dicho, á las alturas del poder, y nombrado académico de la Lengua, hubo de retirarse de las reuniones del *Parnasillo*; pero no pudiendo ni queriendo renunciar á sus aficiones, determinó trasladar el *Parnasillo* á su casa.

Bretón, Vega, Hartzenbusch y otros acudían asiduamente á su tertulia, donde pasaban agradablemente la velada entretenidos en juegos de ingenio.

Todo era allí motivo para hacer versos. Las opíparas cenas con que obsequiaba á sus tertulianos en los días de Nochebuena, de las cuales salió el libro *Las cuatro navidades*, las fiestas de familia, los acontecimientos públicos, todo lo que podía llamar la



La pared de los judíos en Jerusalén, cuadro de G. S. Hunter (Salón de los Campos Elíseos de París. 1897)

atención era festejado alegremente por las musas de los insignes vates.

Con los sonetos de pie forzado que se improvisaron en tan agradable reunión se podría imprimir un abultado tomo.

Entre otros, se conservan dos del marqués de Molins, notables por su correcta facilidad, dados los inconvenientes que ofrece versificar de ese modo.

A propósito de una *paella*, con la cual obsequió á los tertulianos la marquesa, se dieron á los postres pies forzados y se obligó á cada uno de los concurrentes á componer sobre la marcha un soneto.

El del marqués decía así:

AL ARROZ

Como el nauta que al ver la excelsa *roca*,
acometido de hambre y de *escorbuto*
tan sólo piensa en el cebado *bruto*
y no le da del «*rumbo una bicoca*».

En tanto que á su olor la horrenda *foca*
alza del ancho mar su cuello *hirsuto*,
y le cobra á sus carnes un *tributo*
más ominoso que el usado en *Moca*,

Nosotros al compás del *calendario*
damos ensanche al vientre y *mesenterio*,
tan ciegos como el pobre *Belisario*.

Sin ver que, aun sin contar el *cementerio*,
quiere ya cercenar el grano *acuario*
la *foca* de Proudhomme á este *hemisferio*.

Cuando escribió su comedia *Un novio pasado por agua*, demandaron á Bretón por injurias los escribanos. Con este motivo hubo también improvisaciones. He aquí la del marqués:

BRETÓN Y LOS ESCRIBANOS

Cuando triunfa cualquiera *mala-siete*,
y la estafa procaz se pone en *facha*;
cuando vende su honor tanta *muchacha*,
y agranda sus talleres *Albacete*,

Á ti, Bretón, te meten en un *brete*
y á tu inocente numen ponen *tacha*
los mismos que la impúdica *guaracha*
acompañan de aplauso y *sonsonete*.

Pues bien; no echas al numen los *cerrojos*,
que las niñas de quince á veinte *abriles*
te pagarán con creces los *en- ojos*.

Y aun si has de usar del argumento *Aquiles*,
deja los nudos del bolsillo *flojos*
y te habrán de aplaudir los *ministriles*.

* * *

Deben las letras al marqués un servicio eminente. En la legislatura de 1847 él tuvo la honra de presentar y apoyar en el Senado la ley de propiedad literaria, gracias á la cual se ha hecho posible que los escritores vivan de los productos de su ingenio.

A la edad de 77 años falleció este insigne patricio en Lequeitio el 4 de septiembre de 1889.

Descanse en paz.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

LOS RIVALES

En un pueblecillo de las montañas de Asturias, oculto durante el otoño, invierno y parte de la primavera por las nieves, y á fines de ésta y durante todo el verano bajo la sombra de altos árboles, vivían dos valientes mozos, célebres jugadores de barra y sobre todo afamadísimos cazadores de osos, Fabián y Tristán.

Aunque en los juegos de barra, de pelota y de bolos, así como en la caza, hubieran podido ser rivales, ya unas veces vencedor uno, ya el otro, al terminar los certámenes y los desafíos estrechábanse la mano y seguían siendo, más que verdaderos amigos, hermanos. Cierta que en ocasiones Fabián creía que la cualidad superior de Tristán era la agilidad, y en otros casos parecía que de éste lo más admirable era la fuerza; tales dudas tenía asimismo Tristán respecto de Fabián. Verdaderamente no hubiera podido decirse cuál de los dos era más fuerte ó más ágil.

Lo que en altura aventajaba Tristán á Fabián, Fabián tenía por compensación en el ancho desarrollo de sus espaldas; si uno era notable por la potencia de su vista, de prodigioso alcance, lo era el otro por la sutileza de su oído, y en el ánimo ambos tenían igual bravura, igual perseverancia, igual valentía ardorosa y el mismo entusiasmo para lanzarse á empresas difíciles y á los más imponentes peligros.

Cuando el pueblecillo, abrumado bajo el peso de la nieve, dormía el sueño invernal, Fabián y Tristán juntos le salvaban de una invasión de lobos, ó caminando hasta lo más abrupto y recóndito de los montes iban á la caza del oso. Sin embargo, para esta aventura determinaron al cabo de algún tiempo separarse.

—Fabián, el año pasado tuvimos pique y á punto estuvimos de reñir, ¡ya tú ves, reñir tú y yo!, dijo Fabián atristado. ¿Y por qué? Por si á ti ó á mí nos to-

caba toda la gloria en la caza de aquel Pardocho. *Asina*, pues tú por tu vera y yo por la mía, y á cada cual Dios le dé lo suyo.

En esto convenidos Fabián y Tristán, llevando cada cual su espolón y su cuchillo, se despedían muchas veces, separándose en busca de hazañas y mutuamente deseando que Dios les diera á ambos gloria y fortuna.

Al cabo de algunos meses de haber hecho el referido convenio, Fabián empezó á mostrarse celoso de la gloria de Tristán.

—*Tu alabas demasiao* y haces *fantasia* además, Fabián.

—¡Tontaina, si ahora que nos hemos *separao* haremos choque y nos tendremos inquina!..

Maruja era blanca como las nieves; tenía una carita tan bonita, tan bonita como la del Niño Jesús que había en el altar mayor de la iglesia; cacheticos sonrosados, ó dígame mejillas, que así mejor se los nombra; labios que juntos hacían como un fresón de grana; ojos azules dulcísimos, y un cabello castaño que así tiraba á rubio oro cuando le daba el sol como á negro azabache cuando quedaba á media luz.

Maruja era la novia de Fabián!

¡Claro es que ya habréis comprendido que Maruja empezó á ser y fué al fin la causa inocente de la averción que bien pronto no supo ya ocultar Tristán contra Fabián!

Dispuesto se hallaba todo para la boda; convenidos los padres, el viejo cazador, el abuelo, padre de Fabián y la madre de Maruja, cuando Fabián rompió el convenio y dejó la novia. Taciturno, huraño, casi feroz tornóse Fabián; pocas veces se le veía en el pueblo, y si por acaso entraba en la taberna sentábase en un rincón, y allí callado y pensativo bebía grandes jarros de sidra y fumaba apretadas pipas de tabaco.

Sólo él conocía el motivo de su tristeza. Noches antes del día señalado para sus bodas y al volver de sus peligrosas excursiones, cuando ya era muy entrada la noche, vió bajar por la ventana de casa de Maruja á un hombre, le persiguió y no pudo darle alcance.

—No hay más que una persona que á mí se me pueda escapar cuando la persiga, Tristán.

Tristán era. Tristán que había intentado ó acaso conseguido deshonorar á Maruja; ésta tal vez amaba á Tristán, y tal vez obligada por la madre, porque Fabián era rico: lo cierto fué que ni Maruja supo defenderse cuando á solas Fabián le habló del caso, ni Tristán se había vuelto á poner cara á cara frente á su amigo.

¡Huía! Huía porque la conciencia le ahogaba sin duda con remordimientos; lo que Maruja y Tristán habían realizado era una vileza, y ¿quién sabe si sus pretensiones hubieran sido las de burlar en lo sucesivo la buena fe de Fabián?

—Se esconde, se esconde: como yo tope con él le hundo en el pecho mi cuchillo.

Una mañana hallábase Fabián en lo más encresado y áspero de la montaña, siguiendo por la nieve las huellas de un oso, cuando en un punto en que hacía recodo una de las escarpaduras de una meseta, descubrió á Tristán en lucha con un oso. Sintió Fabián un estremecimiento de alegría propia del que ve en riña dos enemigos suyos. El oso era enorme y Fabián admiró su corpulencia y hasta sintió envidia de que tal pieza hubiera correspondido á otro cazador.

Tristán había gastado sin duda las municiones, porque cuchillo en mano se lanzaba á luchar á brazo partido con la fiera; de pronto resbala y cae rodando á alguna distancia de ésta, que al verle en tierra se apresura á precipitarse sobre él, pero Tristán se levanta rápidamente y de nuevo empuña su cuchillo esperando impávido la acometida.

—¡Ah, es un valiente ese maldito!, murmura Fabián.

Y sintió en aquel momento la simpatía de valiente por valiente. Fácil le hubiera sido matar á su enemigo Tristán, pero esperaba el resultado de la lucha de Tristán con el oso. ¡Mala suerte tenía Tristán!; pues en el momento de abrazarse con la fiera, por la violencia del encuentro cayósele el cuchillo de las manos. Abrazado el oso al joven apretábale fuertemente é iba á ahogarle y deshacerle, Tristán estaba perdido; Fabián entonces, dando algunos pasos hacia los combatientes, apuntó á la cabeza del oso, disparó y la bestia cayó pesadamente en tierra.

Cuando Fabián llegó donde Tristán se hallaba, éste, avergonzado, con la cabeza baja, murmuró:

—¡Tú me salvas! ¿Por qué no has dejado que me mate?

—El cazador debe defender al cazador, replica Fabián; ahora ajustemos nuestras cuentas. Saca la cuchilla, exclamó con rudeza y noble acento el valeroso Fabián.

AGUSTÍN MARCOS

HOMERO Y COMPAÑÍA

No digamos que fuera un genio, pero sí un ingenio de esta corte.

Facilidad para versificar, agudeza y aun buen gusto literario.

Pero pertenecía á la bohemia literaria, algo exagerada.

Vamos, no era un Manual de buenas costumbres, ni una guía del viajero en Madrid.

Pero tampoco era hombre perverso, ni aun capaz de intentar acto feo é indigno por cuanto le ofrecieran.

Era una mezcla de caballero andante y guiñapo social; esto último por el aspecto.

¿Cómo vestía?

Poco más ó poco menos del desnudo.

Y eran inútiles las tentativas de sus parientes y amigos de su familia para vestirle de limpio y des-cortezarle y redimirle de la miseria voluntaria.

Carácter enérgico, altivez caballeresca y vida de mendigo.

Terminada la carrera de Derecho se torció, como otros de igual procedencia.

Parece esto inverosímil y aun contrasentido manifiesto.

P. sintió la vocación poética y la de la libertad absoluta, sin obstáculos.

¡Vivir al aire libre! ¿Qué libertad más amplia?

En las tabernas de Madrid era popularísimo.

Recitaba versos alusivos á cualquier asunto, trozos de algún juguete cómico que escribía en sus ratos de ocio en pedazos de papel de diversos colores tamaños y formas.

Cuando entraba P. en alguno de esos *Mollate-club* ó taberna, los concurrentes ó consocios le saludaban como á persona de su agrado.

Él, por su parte, vivía como en su centro entre aquellos ciudadanos leales al par que «*curdas*».

Uno le ofrecía un vaso de vino.

Otro le brindaba con una copa de aguardiente.

El alcohol era la debilidad de P.

El aguardiente se encargó de acabar con el poeta. ¡Poeta! No aspiraba á otro título el joven «y ya beodo P.»

Poeta libre como el ave, ó mejor dicho, como el perro vagabundo, á quien nadie estorba sus placeres de revolcarse en el fango y pasar los días y las noches en un solar ó al aire aún más libre.

Era poeta, pero poeta cómico.

A consecuencia de su sistema de vida, convertía en editores á diversidad de industriales honrados ó poco menos.

Por ejemplo: un tabernero le compraba la propiedad de un juguete cómico en un acto y en verso, y hasta en variedad de metros, por cinco duros, casi todos pagaderos en «*artículos*» de la casa.

Otras veces era un sastre el editor espontáneo.

Otras un librero de viejo.

El sereno de una calle céntrica, relacionado con el poeta por haberle levantado varias veces de la post-tración social en que yacía en medio de la vía pública, le compró una comedia en dos actos y en verso, escrita en parte sobre pensamiento de una obra francesa y parte sobre vinicultura.

El público disfrutaba viendo aquellas joyas desperdigadas.

Pero el autor se alcoholizaba insensiblemente, como decía de él un compañero en tormentas y fatigas.

—¡Lástima de chico!, solía decir de P. un su compañero y cómplice en la bohemia desarrapada.

Y P. decía por su parte:

—Ese chico vale algo y es lástima que se abandone.

A las veces se veía á los dos paseando por sitios céntricos, en pleno día y de riguroso pingajo.

Pero altaneros siempre.

P. había escrito en uno de sus juguetes que se presentó con muy buen éxito en el teatro Español:

Homero pidió limosna.

El amigo de P. marchaba con más velocidad hacia la tumba.

Su temperamento era más débil.

En sus últimos tiempos vagaba como una sombra y aun rehufa el trato con sus antiguos consocios en los círculos de más espíritu de vino de Madrid.

¡Pobre G.!

—Ese infeliz acabará mal, decía P., no tiene naturaleza.

—Es verdad, afirmaba otro, apoyándose en la pared para no dar con su cuerpo en el suelo.

—Y luego, añadía P., es altivo como él solo.

—Verdad.



Cabezas de estudio, cuadros de Antonio Torres Fuster (Salón Parés)

Un día entró P. en un templo para asistir á una fiesta solemne.
 Estaba cuerdo en aquellos momentos.
 Pensó, se enterneció y aun rezó devotamente.
 En las sombras, al lado de una pila de agua bendita, vió á G. arrimado al muro, y cruzó por su cabeza la idea de la mendicidad.
 - ¡Implorará la caridad ese desdichado!, pensó.

Y para librarse, por rubor, del saludo, ó para evitarle la vergüenza á G., se retiraba P.
 Entonces G., «resbalando por el muro,» llegó hasta su amigo, y le dijo de pasada, sin detenerse:

Homero pidió limosna.

EDUARDO DE PALACIO

NUESTROS GRABADOS

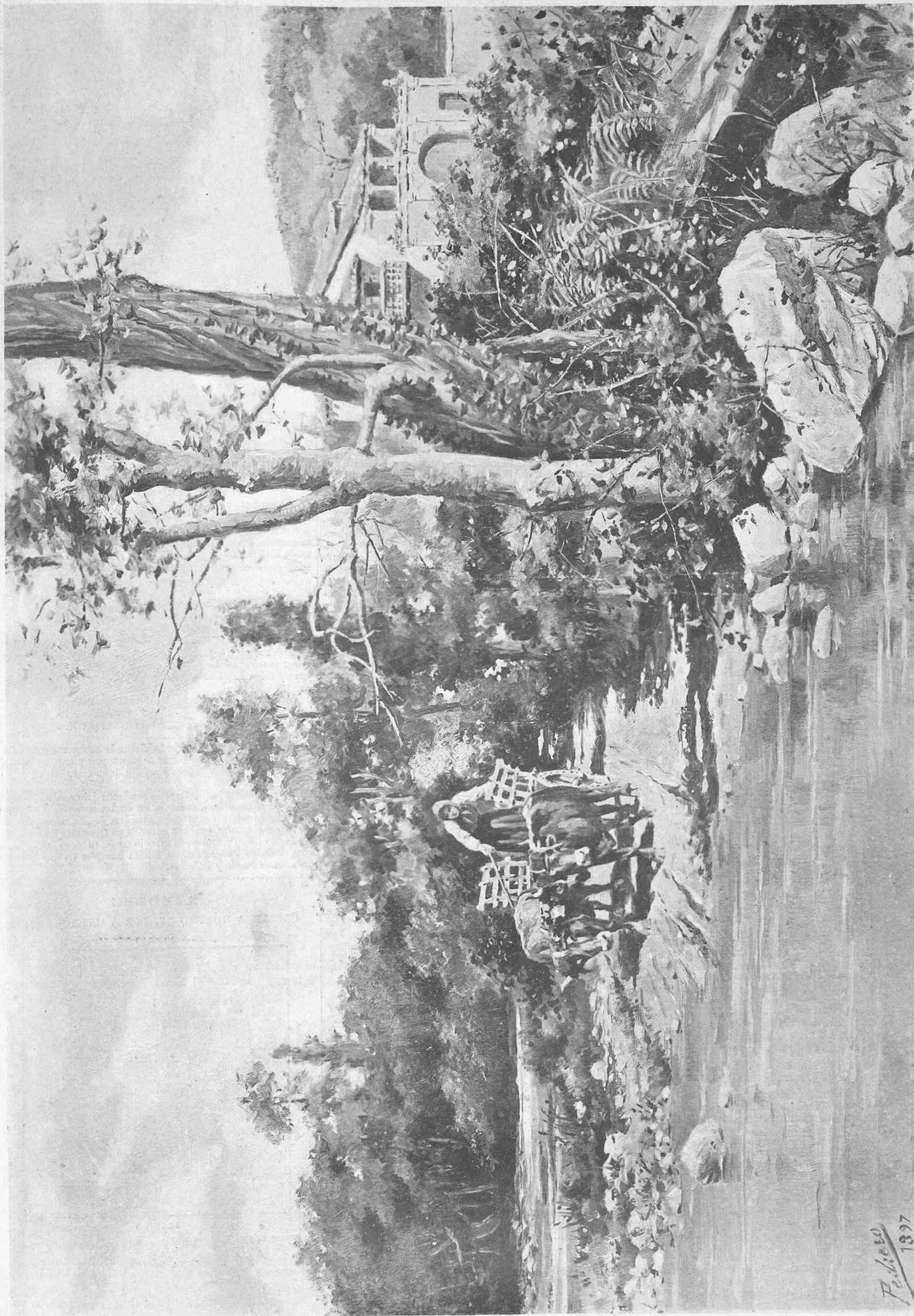
Cabezas de estudio, cuadros de Antonio Torres Fuster (Salón Parés). - Armonízanse en este artista y pintor las aspiraciones del que como él siente el arte con los ideales que alimenta el poeta, ya que en todos sus lienzos, en sus más sencillas notas de color, adivinanse siempre el esfuerzo de su fantasía y la delicadeza de su espíritu, infatigable en la representación de lo bello. Las condiciones especiales de su temperamento artístico exigen la reunión de elementos, ya en



Un desengaño, dibujo de Alberto E. Stern, reproducido con autorización del periódico inglés *Black and White*



UNA MAJA, dibujo de José Lloverá



PAISAJE MONTAÑÉS. — UN VADO, dibujo original de Mariano Pedrero

trazos ó colores, para avalorar sus estudios. De ahí que las dos preciosas cabezas que reproducimos, como la mayor parte de sus obras, causen cierto encanto, al que contribuye indudablemente el acierto y buen gusto en la elegancia de las líneas y la suavísima gradación de tonos y matices.



El célebre pintor LUIS FRANÇAIS, recientemente fallecido en París

Luis François.—Con este celebrado pintor, recientemente fallecido, ha desaparecido el último representante en Francia de las antiguas tradiciones pictóricas, bien que modernizadas bajo la influencia de Corot y del medio naturalista en que vivió el autor de *Orfeo* y del *Bosque sagrado*. Estos dos cuadros de François resumen su talento y sus tendencias artísticas, caracterizadas por su espíritu poético que no le permitía nunca ver la realidad tal cual es. Luis François nació en Plombières en 1814, y á la edad de quince años trasladóse á París, en donde entró de dependiente en una librería, empleo que á poco trocó por el de dibujante en una vidriería de Choisy-le-Roi. Pero obedeciendo á su vocación no tardó en ingresar en la Escuela de Bellas Artes, ilustrando, durante sus estudios, varias obras, entre ellas *Daphnis y Cloe*, *Pablo y Virginia*, los *Cuentos de Lafontaine* y otras. En 1837 debutó en el Salón con su cuadro *Bajo los sauces*, y desde entonces no cesó de producir lienzos que le han conquistado grande y merecido renombre. A pesar de su avanzada edad, sus últimos cuadros no revelan ese lamentable desfallecimiento que tantos otros artistas han manifestado en el vigor de su edad.

Mr. Barney Barnato.—Uno de los más ricos y atrevidos especuladores de nuestros tiempos, Mr. Barney Barnato, se



MR. BARNEY BARNATO, llamado el rey de los diamantes, fallecido el día 15 de los corrientes

ha suicidado el día 15 de este mes arrojándose al mar durante la travesía de la ciudad del Cabo á la isla Madera. Nacido en 1852 de una pobre familia judía de Londres, después de una vida verdaderamente novelesca había logrado poseer una fortuna inmensa, adquirida en la explotación de minas de diamantes en el Cabo y de oro en el Transvaal. El rey de los diamantes, como se le llamaba, era uno de los grandes árbitros de las Bolsas de todo el mundo, y bastaba que diera su nombre á una sociedad para que las acciones de ésta alcanzaran precios fabulosos. Varias veces habíase jugado su fortuna en especulaciones arriesgadísimas y otras tantas la suerte le había favorecido. En estos últimos años hallábase aquejado de una enfermedad nerviosa, para aliviar la cual había emprendido el viaje á la isla Madera.

Tipos madrileños.—La trapera, dibujo de Alfredo Perea.—Pocos artistas han aventajado á Perea en la reproducción de tipos de la clase baja madrileña: conocedor de sus costumbres, que estudió de cerca, intérprete fiel de su modo de ser que supo analizar con gran espíritu de observación, sus dibujos en esas costumbres y en ese modo de ser inspirados tienen todo el relieve de la realidad, acentuado por una forma irreprochable, ya que tanto como del asunto preocupábase Perea de la manera de representarlo. Amante de la verdad, con el lápiz ó el pincel en la mano llamaba, séanos permitido decirlo así, al pan pan y al vino vino, y donde veía andrajos, andrajos dibujaba, y dibujaba miserias cuando las miserias impresionaban su inspiración, del mismo modo que reproducía galas donde debía haberlas y cuadros de esplendor y riqueza cuando veía en ellos motivos á propósito para sus composiciones. *La trapera* que en el presente número publicamos es buena prueba de lo que decimos, y el tipo de la vieja tomando su vasito de aguardiente y el del niño que la mira con ojos de envidia y que parece solicitar su parte de aquella bebida infernal, están arrancados de la realidad misma y constituyen una nota llena de naturalidad y de color.

Sevilla.—Puerta de los judíos en el ex convento de San Pablo, dibujo original de Manuel

García Rodríguez.—Mezquita primero, sinagoga y templo cristiano después, fué utilizado por el Tribunal del Santo Oficio para que ante una de sus puertas formularan sus retractaciones los judaizantes, moriscos y luteranos. El edificio ha sufrido repetidas modificaciones que han borrado por completo las trazas de su primitiva fábrica.

El Sr. García Rodríguez, consecuente en su loable propósito de dar á conocer de su ciudad natal cuanto entraña algún interés, ha copiado el histórico ex convento, precisamente aquella de sus fachadas en que se destaca la monumental puerta ante cuyos umbrales se humillaron tantos desgraciados perseguidos por aquel Tribunal, tan malamente apellidado santo, cuyo solo nombre producía espanto y terror.

La muerte de Manón Lescaut, cuadro de A. Matignon.—Hay pocos desenlaces más conmovedores y más heroicos en su sencillez que el de la inmortal novela del abate Prevost: la muerte de Manón, tan trágica al par que tan tranquila en la paz de este desierto, lejos del mundo que fué teatro de sus amores, de sus traiciones y de sus sufrimientos, tiene una grandiosidad que por decirlo así repara una vida de perfidias y mentiras. La composición de Matignon, que figura en el actual Salón de los Campos Elíseos de París, se aparta del género melodramático á que tanto se prestaba el asunto: el dolor del caballero des Grieux es sobrio y trágico; el pobre amante acaba de abrir con sus propias manos la fosa de Manón y en un momento de desfallecimiento supremo ha dejado caer pesadamente la cabeza sobre el cuerpo inerte de su amada.

La pared de los judíos en Jerusalén, cuadro de G. S. Hunter.—Este lienzo de pared, cubierto de sagradas inscripciones, es actualmente el único resto del antiguo esplendor del templo levantado por Salomón en Jerusalén. Delante de esas ruinas los judíos acuden todos los viernes á rezar y á lamentarse: allí se les ve prosternados y quebrantados por el dolor inundar con sus lágrimas aquellas piedras y tocarlas con amor y respeto. Arrojadlos del recinto de su templo, sólo se les permite un día por semana gemir públicamente por las calamidades que desde hace tantos siglos han pesado sobre su nación y renovar el duelo de su pasada independencia en este lugar con razón llamado lugar del llanto. Esta ligera descripción del cuadro permite apreciar cuán acertado estuvo el autor del mismo en la interpretación del asunto, acierto que justifica la atención que la obra ha merecido de cuantos han visitado el actual Salón de los Campos Elíseos de París.

Un desengaño, dibujo de Alberto E. Sterner.—¡Cuán admirablemente ha interpretado el notable artista inglés la impresión producida por un desengaño! Y para conseguir tan hermoso efecto no ha apelado á grandes y complicados recursos; la sobriedad, la sencillez son la nota característica de este bellísimo dibujo: tres figuras magistralmente dispuestas, unos pocos accesorios con gran arte combinados, he aquí los únicos elementos de que ha echado mano el dibujante. El resultado no puede ser más completo. Aquel hombre que tiene todavía en la mano la carta que destruyó sus esperanzas, aquella joven que ansiosa le interroga y aquel niño que embadurna la tela preparada para recibir y perpetuar la inspiración del pintor están trazados de mano maestra: Sterner ha sabido encontrar en esta obra el camino más seguro para llegar al alma del espectador, despertando en ella la más intensa emoción estética.

Una maja, dibujo de José Llovera.—Ocioso nos parece todo elogio tratándose de una obra del malogrado pintor reusense: son tantos los que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA le hemos prodigado y es tan universalmente conocido el nombre del celebrado artista, que estimamos innecesario repetir lo que en cien ocasiones hemos dicho y lo que todo el mundo sabe. *La maja* que hoy publicamos tiene todas las bellezas que con hábil mano supo imprimir Llovera á las figuras genuinamente españolas, cuyos tipos elegantes y graciosos logró interpretar con acierto por muy pocos igualado.

Paisaje montaños.—Un vado, dibujo original de Mariano Pedrero.—Varias veces nos ha cabido la satisfacción de ocuparnos de las obras del discreto artista señor Pedrero, inteligente intérprete de las bellezas de la región montañesa. Por tal motivo hemos de limitarnos hoy á llamar la atención de nuestros lectores acerca del bonito dibujo que reproducimos, que como todos los suyos se recomienda por su fidelidad en representar los encantos de la naturaleza, engalanada en aquel país con las exuberancias de la vegetación. Las poéticas frondas, los oscuros chaparrales, las tranquilas charcas ó la movediza corriente de los riachuelos, los traslada Pedrero al lienzo con el poderoso esfuerzo de asimilación que tanto le distingue, embellecido y vigorizado por la habilidad del pintor y el sentimiento del artista.

El hermoso paisaje de la provincia de Santander, fresco y jugoso, es una de las obras que más enaltecen á nuestro amigo y en que más se manifiestan sus excelentes aptitudes.

Maniobras, dibujo de José Cusachs (Salón Róbra).—Rama especialísima del arte contemporáneo es la pintura militar, que como derivada de la de género, ocupa tan señalado lugar, y ha cobrado tal importancia que no se celebra exposición ó concurso sin que deje de tener en ellos digna representación. A la de tipos ó asuntos militares deben algunos artistas su justa celebridad y el medio en que han podido manifestarse. Tal sucede con Cusachs, quien al renunciar á las ventajas que podía ofrecerle su carrera para dedicarse por completo á la vida artística, ha recogido verdaderos laureos, y logrado, sólo con su esfuerzo y laboriosidad, notoria reputación, distinguiéndose en el género que cultiva.

Sus indiscutibles conocimientos militares hanle servido de poderoso elemento para la producción de sus estimables obras, puesto que en todas ellas, cual en la que reproducimos, puede hallar el más exigente cumplida satisfacción á sus deseos: tal es el sello de verdad que revelan, avalorado por las cualidades pictóricas del autor.

Mimosa, escultura de Emilio Orduña (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1897).—Pertenece esta obra á la escultura que pudiéramos llamar de salón, ese género escultórico cuyas producciones, si no se distinguen por la grandiosidad de concepto ó de ejecución, son agradables á la vista por la gracia ó delicadeza del pensamiento y por la elegancia y finura de líneas. Desde este punto de vista merece elogios *Mimosa*, del escultor madrileño Sr. Orduña, obra sin



MIMOSA, escultura de Emilio Orduña (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1897)

pretensiones, pero de muy buen gusto y ejecutada con mucha corrección, cualidades que la hacen en extremo simpática y digna de alabanza.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PISA.—Se ha inaugurado en esa ciudad italiana una gran exposición de arte sacro, instalada en el palacio arzobispal y muy importante, así por el número como por el valor de los objetos expuestos. Abarca las composiciones artísticas sagradas desde el siglo XI al XVIII, y contiene, entre otras, preciosos labores de Benvenuto Cellini, Gianbologna, y Juan y Nino de Pisa.

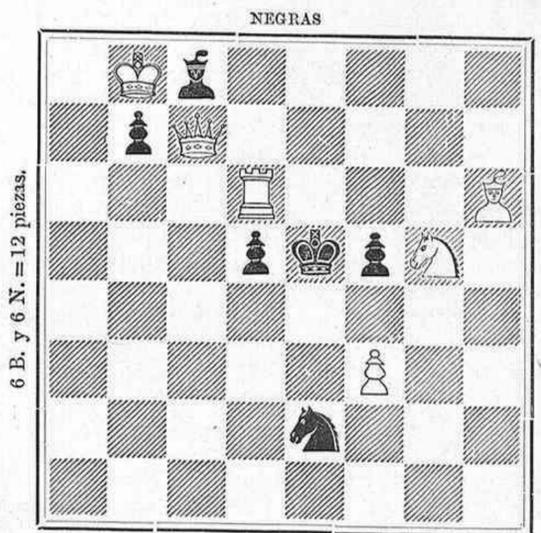
Teatros.—En el teatro Real de la Comedia, de Berlín, se ha representado con gran éxito la comedia de Lope de Vega *La hermosa toledana*, arreglada al alemán por E. Zabel.

Madrid.—En el teatro de la Zarzuela se ha estrenado con buen éxito *El ángel caído*, sainete en un acto y cuatro cuadros, letra de D. Federico Jaques y música del maestro Brull.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El bajo y el principal*, comedia en cuatro actos de D. F. Villegas, inspirada en una obra alemana de Sudermann, y *Los gansos del Capitolio*, graciosa comedia en tres actos de los señores Mario (hijo) y Santoval, arreglo de *El rapto de las sabinas*; y en el Lírico *Pedro Jiménez*, bonita comedia en dos actos de los señores Perrín y Palacios.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 75, POR VALENTÍN MARÍN



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 74, POR J. TOLOSA

- | | | | |
|-------------------|--|--------------------------|--|
| Blancas. | | Negras. | |
| 1. D3 TR | | 1. C6 R, 3 D ó 6 C R (*) | |
| 2. T toma P jaque | | 2. T toma T. | |
| 3. C8 D mate. | | | |

(*) Si 1. T toma D; 2. C5 AD y 3. T mate, — y si 1. T5, 7 ó 8 AD; 2. D toma PTD y 3. D mate. La amenaza es 2. D toma T mate.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)



Isabel retiró su mano con espanto...

Al fin predominó el buen juicio de la baronesa, y dijo con voz temblorosa:

- Espero, querido Rodolfo, que dispensarás á Bella su ligera descortesía, teniendo en cuenta, yo te lo ruego, la suma incapacidad de su institutriz.

- ¡La señorita Mertens!.. ¡Mucho debe costar á su dulzura y á su distinción natural dar á Bella la educación de que acabamos de ver una muestra!

La baronesa se sonrojó de cólera; pero también esta vez consiguió dominarse.

- ¡Dios mío!, exclamó para cambiar de conversación, esta tontería me ha hecho olvidar deciros que Emilio llega ahora de Odenberg. Ha venido á caballo, y como la lluvia le ha maltratado mucho, se ha detenido para cambiar de traje. ¿Puede entrar?

Los ojos de Elena se iluminaron por una llama interior al oír esto, y un ligero carmín coloreó su pálido rostro; pero sin decir palabra volvió un poco la cabeza para ocultar su emoción.

- Ciertamente, contestó el Sr. de Walde. ¿Se propone quedarse aquí?

- Algunos días, si consientes en ello.

- Muy bien... Iremos á verle al dirigirnos á tu habitación para tomar el café.

- Se alegrará mucho... Nada se opone á que vayamos ahora mismo á mis aposentos, pues en el instante de apearme del coche mi camarera me advirtió que todos los preparativos estaban terminados.

Isabel se levantó al punto, disponiéndose á salir. El Sr. de Walde dirigió una mirada interrogadora á la baronesa, esperando sin duda que dirigiese una invitación á la joven; pero la señora de Lessen fingió no comprender la intención de aquella mirada, y hasta volvió la espalda á Isabel.

La joven saludó á todos, y retiróse después de haber recibido las gracias que Elena le dió en voz insegura, aunque de la manera más amistosa. Como Isabel viese que el Sr. de Hollfeld avanzaba hacia ella por el corredor, apresuró el paso; mientras la mirada de aquél inspeccionaba rápidamente todos los rincones como para asegurarse de que no había testigos, y antes de que la joven pudiera prever este movimiento cogió su mano, la besó y dijo en voz baja:

- ¡Qué feliz soy al ver á usted otra vez!

Isabel sintió tan fuerte impresión que no pudo pronunciar una sola palabra, y no hizo más que retirar su mano con espanto, movimiento que al parecer no disgustó al Sr. de Hollfeld, pues la puerta de la habitación de Elena se abrió en el mismo instante dando paso al Sr. de Walde. Entonces el Sr. de Hollfeld, como si apenas hubiera visto á Isabel, saludóla, levantando ligeramente su sombrero: sus facciones habían recobrado la expresión plácida de siempre.

Semejante fingimiento sublevó á la joven... La inconcebible familiaridad de aquel hombre humillaba su orgullo, y tanta hipocresía despertaba en ella el más amargo disgusto. Sintió no haber tenido la fuerza y la presencia de ánimo suficientes para desmascararle en el acto... delante de todos; y se marchó afligida y humillada. Parecíale tener una mancha en la mano, y lavóse la varias veces en una de las fuentes del parque para borrar la señal odiosa que en ella debía quedar.

Presas de la más viva emoción entró en su casa, y llorando refirió á su madre el incidente que acababa de ocurrir en el corredor. No era posible engañarse acerca del sentimiento que Isabel experimentaba; su corazón no corría peligro, porque de él desbordaban el desdén y el disgusto que le inspiraba el grosero personaje que había osado tratarla con tanta familiaridad; y por eso la señora Ferber, después de haberle demostrado que daba demasiada importancia al acto y á los ademanes de semejante ente, díjole con voz tranquila:

- Ahora ya sabes á qué atenerte respecto al Sr. de Hollfeld, hija mía. Fácil te será evitar todo encuentro con ese individuo, y mantenerle muy lejos de ti con tu frialdad y tu indiferencia... Su conducta revela una grotesca fatuidad; pero cuando esté seguro de que no sientes por él más que desdén, su misma vanidad vendrá en tu auxilio para librártelo de sus impertinencias... En todo caso es preciso prepararte á ver en él, más pronto ó más tarde, un enemigo que romperá tus relaciones con la señorita de Walde... Prosigue tu marcha tranquila, y por de pronto te aconsejo que no suprimas tus visitas al castillo.

- ¡Oh! Ciertamente que no..., no pienso en ello, exclamó Isabel, consolada por las palabras de su madre. ¿Qué diría mi tío si viese que su «ovejita» se atemorizaba por tan poca cosa? Sería ridículo que siendo fuerte, como soy, no lograra conducirme de modo que ese caballerito abandonara sus impertinencias.

Y reflexionando después sobre la conversación que tuvo con el Sr. de Walde, pensó que había sido muy valerosa... Aquella mirada tan penetrante, aquella frente tan severa, no le impidieron decir con toda sinceridad su pensamiento, aunque éste fuese del todo opuesto á las opiniones bien conocidas de su interlocutor... Esperaba, sin embargo, uno de esos movimientos desdeñosos con que la baronesa le demos-

traba claramente que la hija de un burgués, de un oscuro empleado, era un ser inferior que apenas formaba parte de la humanidad; mas lejos de esto hasta creyó sorprender en la mirada del Sr. de Walde algo como un impulso simpático. Tal vez la consideró con la piedad que un león manifestaría á un ratoncillo. Había consentido generosamente en permitir á una niña desarrollar delante de él las cándidas reflexiones de su espíritu inexperto, y no se había molestado en recogerlas para refutarlas. Acaso se había divertido como si viese un perrillo ladrar á la luna... Y reflexionando de este modo Isabel se exhortaba á manifestar siempre el mismo valor si volvía á encontrarse alguna vez, lo cual era bastante problemático, frente al majestuoso castellano de Lindhof.



XI

En la mañana del día siguiente, Isabel bajaba para instalarse en el jardín con su canastillo de labor, cuando de pronto llamaron á la puerta del prado. Abrió al punto, y encontróse frente á Bella, seguida de la señorita Mertens y de un hombre, en el cual reconoció al viajero con quien se encontró una tarde cuando volvía de la casa forestal. Bella la ofreció sin vacilar su mano; pero la expresión de sus facciones revelaba que lo hacía contra su voluntad. Isabel adivinó desde luego la causa de la visita, y quiso atenuar la humillación de la niña; díjole que se alegraba mucho de verla, y prometió enseñarle el jardín y las antiguas ruinas del castillo; pero la señorita Mertens tomó la palabra.

- No trate usted, señorita, dijo, de abreviar la misión de Bella... Le han ordenado terminantemente que venga aquí para hacer acto de contrición y solicitar que la dispense usted por la conducta descortés que observó ayer. Estoy aquí para ver si se cumplen las órdenes, y debo escuchar las palabras que pronunciará.

Estas palabras y la obscuridad del gran vestíbulo, donde Bella había sido introducida por Isabel, que le daba la mano, produjeron alguna impresión en la niña, y pidió perdón en voz baja, prometiendo no ser jamás impertinente con nadie.

— ¡Dios sea loado!, exclamó el compañero de la señorita Mertens. ¡Ya está hecho!

Y se inclinó sonriendo ante la joven.



Bella solicitando perdón

— Tal vez le sorprenderá á usted, señorita, prosiguió, verme formando parte de la diputación que le ha sido enviada, y figurando aquí como testigo de la satisfacción honrosa que acabamos de presenciar. Mi presencia es debida al temor de que la indulgencia de la señorita Mertens y la de usted malograsen este acto de reparación de un agravio, y por otra parte como el enterneamiento es un excelente introductor, me agregué á la comitiva y tengo el honor de presentar á usted en mi persona al Sr. Pablo Reinhard, compañero de viaje y secretario del Sr. Walde, que desde hace ocho días

desear trabar conocimiento con la interesante familia que aquí vive.

Y el secretario se inclinó cortésmente ante Isabel.

La joven se sonrió y ofrecióle amistosamente su mano, diciendo:

— Estos antiguos muros han visto huéspedes menos agradables que usted; venga usted, caballero; mis padres se alegrarán mucho de conocerle.

Isabel empujó la gran puerta de encima que conducía al jardín, y toda la familia, incluso el guardabosque, que jugaba junto á los tilos con el pequeño Ernesto, salió al encuentro de los visitantes. Las presentaciones se hicieron por una y otra parte, y después, á una señal de su madre, Isabel desapareció para ir á buscar refrescos. Cuando volvió pudo ver que Bella se había despojado de su sombrero y se hallaba en un columpio que Ferber había arreglado para su hijo. Ernesto la balanceaba, muy satisfecho de aquella compañera de juego; y el rostro de la niña estaba radiante de alegría.

— A la verdad, dijo Reinhard, señalando á Bella, quién la hubiera visto esta mañana, cuando la llamaron á la habitación del Sr. de Walde, acoger con una expresión de resentimiento rencoroso la orden que éste le dió de venir á pedir perdón á la señorita Ferber, advirtiéndole que no le permitiría presentarse á él sin haberle solicitado; quien la hubiera visto, repito, no la reconocería tal como se muestra ahora, alegre y franca, como debe ser una niña.

Aquella tarde fué una de las que más agradable recuerdo dejaron á todos. La señorita Mertens hizo gala de sus conocimientos y de su buena educación y Reinhard refirió varios episodios de sus viajes.

— No habríamos regresado tan pronto, dijo como final de su interesante relato; pero en vista de repetidas y poco agradables noticias que de aquí recibía, el Sr. de Walde resolvió al fin cambiar sus proyectos de viaje. Habría pasado por alto algunos intereses personales que peligraban; mas cierto día, habiéndole escrito una mano femenina y muy apreciada «que era absolutamente preciso conseguir que se despidiera al cura de Lindhof, de carácter demasiado débil para conducir sus ovejas...» la medida se colmó. El Sr. de Walde comprendió al punto que el ojo del amo podía ser necesario, no sólo para evitar que se le causase el menor perjuicio, sino también y sobre todo para proteger á los que tenían derecho de considerarle como su apoyo natural. En su consecuencia emprendimos el regreso. Era tarde, la noche se presentaba magnífica; dejamos el coche y los criados en la carretera que conduce á Lindhof, y quisimos recorrer á pie, á través de los bosques, el corto trayecto que nos separaba aún del castillo... «¡Es muy sorprendente, Reinhard!, me dijo muy pronto mi compañero de viaje... Mire usted lo que hay allá arriba, en Gnadeck... ¿Qué cree usted que sea?...» «Seguramente una luz,» contesté... «Es preciso ver eso de cerca,» repuso, y continuó subiendo. La luz aumentaba á medida que nos acercábamos y parecía provenir de dos altas ventanas. De pronto una blanca aparición, que yo consideré del todo sobrenatural, vino á perfilarse á la claridad de la luna... Yo que soy bastante valeroso, avancé reteniendo el aliento, aunque temblando un poco, lo confieso, y osé dirigir respetuosamente la palabra á aquella hada. Cuando descendíamos de nuevo por la vertiente de la montaña,

mi compañero no dijo una palabra; mas ciertos indicios me indujeron á suponer que la señorita Isabel no era la única que se había reído á mis expensas. Llegados frente al castillo, vimos innumerables luces que pasaban como fuegos fatuos detrás de las ventanas del edificio. El coche, cargado con sus paquetes, había llegado antes que nosotros; parece que el rumor producido por sus ruedas sobre la arena de las avenidas había causado una impresión de terror casi general, que se traducía por una perturbación poco lisonjera para los que la ocasionaban, y tan desagradable, si he de juzgar por mí propio, que de buena gana hubiera retrocedido desde luego, prefiriendo apoyar mi cabeza cansada en el primer matorral que hallase, más bien que sentir pesar sobre mí aquel techo que nos acogía con tal sorpresa y disgusto... Solamente uno de los habitantes de Lindhof tuvo bastante imperio sobre sí mismo para recobrar su presencia de ánimo, y éste fué el candidato Mohring, el cual se hallaba al pie de la escalera, donde recibió al dueño del castillo, dirigiéndole un discurso muy sumiso, lleno de unción.

— Y á pesar de todo, el régimen por él introducido ha sido derrocado, según creo..., dijo el guardabosque.

— Por completo. ¡Dios sea loado!, exclamó la señorita Mertens. El Sr. Mohring abandonará muy pronto para siempre el castillo de Lindhof, pues la señora de Lessen ha obtenido para él un beneficio. El candidato no hubiera podido soportar que se le arrojase de nuevo á la nada, permaneciendo en Lindhof reducido á la impotencia después de haber reinado y gobernado. ¿Y qué ha sido ese reinado?... Todos lo sabemos: la dominación de un déspota que pretende gobernar, dirigir, inspirar los actos de todos, y que después de haber sometido á todo el mundo bajo su ley, aspira también á reinar sobre las conciencias, á reglamentar el vuelo del pensamiento, á castigar ó reprimir toda idea de independencia. Los criados del castillo, los operarios y los jornaleros ocupados en el dominio estaban sometidos respecto á él á una ciega obediencia, que no podía menos de engendrar la hipocresía y de consiguiente la inmoralidad.

— En fin, ese peligro ha sido conjurado, exclamó el guardabosque.

— Sí, gracias al Sr. de Walde, dijo la señorita Mertens, que tiene una energía y una fuerza moral superiores á las de cualquier otro hombre. Ese taciturno caballero no desahoga sus sentimientos en palabras, pero nada escapa á su mirada, y ante él la falsedad, la hipocresía y la malignidad sucumben.

Después de esta conversación, Ferber se puso en marcha para enseñar su morada á los huéspedes que manifestaban curiosidad por conocerla. Subieron primeramente á la muralla y mientras todos se apoyaban en la balastrada de piedra, admirando el paisaje poco extenso, pero encantador, que el valle ofrecía por aquel lado, Isabel dió á conocer la historia que Sabina le había referido y de la que seguramente fué teatro aquel mismo sitio en que se encontraban.

— ¡Qué horror!, murmuró Reinhard. ¡Vaya un modo terrible de suicidarse!

— Y sin embargo, dijo la señorita Mertens, algunas veces ha sido forzoso buscar una muerte aún más horrorosa.

En aquel instante Isabel se representó la figura del Sr. de Hollfeld y el horror que experimentara cuando osó tocar su mano. Díjose que no era difícil de comprender la tentativa hecha por la joven cuya historia ó leyenda le había referido Sabina, y que en semejante caso la hubiera imitado fácilmente, pero sin dejarse coger ni persuadir. Tan absorta estaba en aquel pensamiento, que su tío se acercó á ella sin que fijase en él la menor atención.

— Y bien, hija mía, dijo el guardabosque, ¿en qué piensas? ¿Acaso quieres oír crecer la hierba que alfombra la montaña?

Al ver aquellos ojos lípidos, al oír aquella voz robusta, aunque dulce, la visión odiosa que acosaba el cerebro de la joven se desvaneció al punto.

— No, tío mío, contestó, volviéndose alegremente hacia el guardabosque, eso sería superior á mis fuerzas, aunque pretendo tener facultades especiales para ver, amar y comprender la naturaleza.

El guardabosque cogió la mano de la joven, y los dos fueron á reunirse con los demás, que se dirigían hacia la casa. Bella, que había subido ya la escalera, salió al encuentro de la señorita Mertens; en una mano llevaba unos volúmenes con láminas, y con la otra atraía á su institutriz hacia la habitación de Isabel.

— ¡Figúrese usted, señorita, que desde aquí se ve nuestro castillo!, exclamaba la niña, que como es de suponer, viendo á su madre reinar y dominar en Lindhof, no tenía en cuenta el eclipse momentáneo

de aquel poder, y esperaba confiadamente una restauración que no podía menos de producirse... ¡Mire usted allá abajo, por el camino! Precisamente ahora el tío Rodolfo acaba de pasar á caballo y me ha hecho con la mano una señal muy amistosa; mamá se alegrará mucho cuando sepa que ahora nos entendemos muy bien.

La señorita Mertens la exhortó á mantenerse siempre en las buenas disposiciones que le merecían la benevolencia de su tío, y la invitó á ponerse el sombrero y la manteleta, porque ya era hora de volver al castillo.

Isabel y Ernesto acompañaron á sus huéspedes hasta el parque de Lindhof.

— Nos hemos detenido demasiado tiempo, dijo la señorita Mertens algo inquieta, después de haberse despedido de los esposos Ferber, y me temo que van á regañarme.

— ¿Cree usted que la baronesa estará descontenta porque hemos prolongado nuestra visita?

— Sin la menor duda.

— ¡Vamos, vamos! No se inquiete usted por eso; en todo caso, ya hemos tenido una buena compensación, satisfecha de antemano, dijo Reinhard, pues hemos pasado allá arriba una tarde agradable.

Los niños corrían agarrados de la mano, y se entretenían en coger algunas flores. Héctor, el perro favorito del guardabosque, infiel á su amo, quizás por primera vez en su vida, y seducido por la perspectiva de un paseo, habíase agregado á la comitiva y saltaba alegremente alrededor de los niños para luego volver á reunirse con Isabel, la dama de sus pensamientos, según decía el guardabosque.

De repente Héctor se quedó plantado en medio del sendero; ya estaban muy cerca del parque; veíanse los prados de césped á través de las ramas de los arbolillos, y se oía ya el murmullo de las fuentes. El perro había visto á alguien que venía al encuentro de los paseantes, é Isabel reconoció al punto á Berta la muda, aunque le pareció notar en ella un cambio prodigioso.

La misteriosa joven no había visto seguramente el grupo que avanzaba hacia ella, pues gesticulaba vivamente, andando á paso largo. Un intenso rubor cubría su rostro, tenía las cejas fruncidas, sin duda por efecto de una fuerte excitación, y por el movimiento de sus labios comprendíase que hablaba consigo misma. Un lindo sombrero blanco, adornado con flores, había caído de su cabeza y estaba suspendido del cuello por las cintas... Éstas cedieron al fin, y el sombrero cayó en tierra.

La joven avanzaba rápidamente con los ojos bajos, y solamente cuando se halló cerca de Isabel levantó los párpados. Entonces se detuvo con expresión de horror, como si hubiese pisado una culebra. La expresión dolorosa de sus facciones se trocó en otra de indecible amargura; en su mirada revelábase el odio; sus manos se oprimieron convulsivamente, mientras una ligera exclamación se escapaba de sus



— En fin, ese peligro ha sido conjurado

labios; y hubiérase podido creer que se disponía á precipitarse sobre Isabel... Tanto fué así, que Reinhard, que estaba junto á ella, la retiró hacia atrás. Cuando Berta la vió profirió un ligero grito y lanzóse al punto en el taller más próximo, donde se abrió camino, dejando pedazos de sus ropas en los espinos que encontraba... Pocos instantes después se perdió de vista.

- ¡Pero esa es Berta, la que vive en la casa forestal!, exclamó la señorita Mertens en el colmo del asombro.

- ¿Y qué quiere decir eso?, preguntó Reinhard. Esa joven estaba poseída de una viva emoción, y al ver á usted, añadió, volviéndose hacia Isabel, fué cuando manifestó más evidentes señales de un paroxismo de cólera ó desesperación. ¿Es parienta de usted?

- No precisamente, contestó Isabel; tan sólo tiene un parentesco bastante lejano con la familia de la mujer de mi tío. Yo no la conozco; desde el primer día de mi llegada á Turingia ha evitado cuidadosamente encontrarse conmigo, y aunque tenía el vivo deseo de hallar en ella una compañera hasta tanto que el tiempo nos hiciese amigas, ni siquiera he podido manifestarle este deseo, por su empeño en alejarse de mí. Lo cierto es que me odia, mas ignoro la causa de su aversión. Esto debería afligirme; mas por otra parte, su carácter, tal como se me ha revelado, me inspira poca simpatía, y no doy ya importancia á la hostilidad que me manifiesta en todas ocasiones.

- ¡Ah, ah! Hija mía, eso no es ya hostilidad, sino rabia, y esa pequeña furia la hubiera desgarrado á usted de buena gana, á juzgar por la expresión de su cara.

- No le tengo miedo, contestó Isabel con una sonrisa.

- Sin embargo, aconsejo á usted que esté alerta, dijo la señorita Mertens, pues esa joven tiene una expresión verdaderamente endemoniada. ¿De dónde vendría ahora?

- Del castillo, al parecer, contestó Isabel, recogiendo el sombrero de Berta.

- No lo creo, repuso la señorita Mertens. Antes de que se volviese muda la veíamos diariamente en Lindhof, por decirlo así; asistía á todos los ejercicios religiosos presididos por la baronesa, que la protegía ostensiblemente, y después dejó de presentarse en el castillo, sin que nadie haya podido conocer jamás la causa de esta abstención. Muy rara vez la veo durante mis paseos solitarios en el parque, y cuando su mirada se encuentra con la mía, deslízase como una serpiente á través de las más densas espesuras. Siempre ha producido en mí el efecto desagradable que me causa la vista de un reptil.

Hablando así habían llegado al parque, en donde se separaron, dándose por una parte y otra las mayores seguridades de simpatía.

- Escucha, Isabel, dijo Ernesto apenas se halló solo con su hermana, vamos á ver quién de los dos llegará antes á esa esquina..., allá abajo.

La esquina era el recodo formado por el sendero que se unía con la falda de la montaña.

- Muy bien, pequeño, contestó Isabel, echando á correr.

En un principio midió su carrera por las fuerzas de su hermano, el cual desempeñaba valerosamente la tarea que se había impuesto; pero al acercarse al punto señalado, Isabel tomó la cosa por lo serio; lanzóse ligera como un pájaro y puso el pie en la meta, donde se encontró de improviso con una cabeza de caballo, que la olfateó ruidosamente. Héctor, que había querido tomar parte en la carrera, siguiendo á la joven, cumplió su deber, ladrando con todas sus fuerzas. El caballo saltó hacia atrás, encabritándose sobre los cuartos traseros.

- ¡Atrás!, gritó una voz sonora.

Isabel cogió á su hermano, que acababa de reunirse con ella, le tomó en brazos, y se apartó saltando á un lado. En el mismo instante el caballo se precipitó relinchando ruidosamente y haciendo retemblar el suelo bajo sus pasos. El Sr. de Walde dirigía su montura, dominada al parecer por el deseo de librarse de su jinete; pero éste no se prestó á que realizara su designio, y reteniendo el caballo, enloquecido de espanto, inclinóse para ahuyentar con el látigo á Héctor, cuyos saltos intempestivos y ladridos furiosos aumentaban más aún el terror del cuadrúpedo..., después desapareció á través de los bosques en vertiginosa carrera.

Isabel, pálida y aterrada, no dudó en aquel momento de la probabilidad de un desgraciado accidente; cogió á Ernesto de la mano, y disponíase á dirigirse al castillo en busca de socorro, cuando el jinete reapareció de pronto en su caballo, dominado ya. El Sr. de Walde se detuvo, acarició amistosamente el cuello de su montura, apeóse, ató la brida en la rama de un árbol y se dirigió hacia Isabel.

- Dispéñeme usted, caballero, dijo la joven con voz temblorosa.

- ¿Dispensarla? ¿De qué, hija mía?, contestó el señor de Walde con dulzura. Parece que está usted

asustada; tranquilícese usted, yo se lo ruego; he aquí un banco; repose usted un instante.

Isabel obedeció y el Sr. de Walde tomó asiento á su lado; mientras que Ernesto, apoyándose en su



Entonces se detuvo con expresión de horror

hermana, comenzó á mirarle con sus grandes y hermosos ojos. No había tenido miedo, porque no comprendió el peligro á que el jinete estaba expuesto, y la carrera del caballo le divirtió como un espectáculo imprevisto.

- ¿Qué tenía usted para correr tanto?, preguntó el Sr. de Walde.

Una franca sonrisa vagó por los labios de Isabel, pálidos aún.

- Es que me perseguían, contestó.

- ¿Quién?

- Este, contestó la joven, señalando á Ernesto, pues habíamos apostado á quién corría más.

- ¿Es hermano de usted ese niño?

- Sí, señor, contestó Isabel, mirando á Ernesto con ternura en tanto que pasaba la mano por sus rizos de color castaño.

- Y ella es mi hermana única, añadió Ernesto, queriendo tomar parte á su vez en la conversación.

- Y á juzgar por las apariencias, te entiendes muy bien con esta hermana única, repuso el Sr. de Walde, sonriendo, al ver la expresión formal del niño.

- ¡Oh!, sí, juega conmigo como con un compañero.

Una dulce sonrisa pasó por los labios del Sr. de Walde, sonrisa que Isabel no había visto aún en aquellas facciones tan graves, casi rígidas, y que las transformaba é iluminaba con una expresión imprevista... No pudo menos de compararla con los rayos de sol que disipan de repente las 'nubes sombrías y hacen resplandecer todo cuanto alcanzan.

- Muy bien, muchacho, dijo el Sr. de Walde atrayendo el niño hacia sí. ¿Pero no se enfada nunca?, añadió, señalando á Isabel, que se reía como una niña escuchando á su hermano.

- No, contestó Ernesto, no, jamás se enfada; pero á veces se pone seria y entonces toca el piano.

- Pero, Ernesto, exclamó la joven.

- ¡Oh!, sí, Isabel, así es, y tú lo sabes muy bien.

¿Has olvidado el tiempo en que éramos tan pobres en B...?

- Es posible que tengas razón si piensas en aquel tiempo; después todo ha cambiado favorablemente para nosotros.

- Pero usted sigue tocando el piano...

- Sí, contestó la joven sonriendo: mas no en la

disposición indicada por ese sagaz observador, pues mis padres tienen ya lo necesario.

- ¿Y usted?, repuso el Sr. de Walde.

- Yo tengo suficiente valor para emprender la lucha por la existencia y alcanzar cuanto me sea indispensable, y me propongo el año que viene buscar una plaza de institutriz.

- ¿No le infunde á usted cierto espanto el ejemplo de la señorita Mertens?

- ¡Oh!, nada de eso. No soy lo bastante débil para tener el deseo de ganar sin trabajo mi subsistencia, cuando veo miles de mujeres, mis semejantes, mis iguales, que también trabajan sin descanso ni desfallecimiento.

- No se trata solamente del trabajo; hay cosas más sensibles aún que los afanes por el dinero. Usted es orgullosa; su rostro lo indica así, y su conversación de ayer no deja la menor duda sobre este punto.

- ¿Orgullosa? ¿Lo soy acaso porque aprecio más el valor personal, moral é intelectual, que los honores y el brillo de lo que se llama una gran posición?.. Pues precisamente porque opino así, sería imposible que las humillaciones me alcanzasen; las personas superiores por la inteligencia y el corazón no tratan á sus semejantes con desdén... ¿Qué me importarian las humillaciones inferidas por aquellos que no tuvieran sobre mí más superioridad que la que aparentemente presta la fortuna?

- ¿Y cree usted que esa opinión la preservará de todas las ligeras persecuciones, de todos los desdenes, de todas las injusticias de que tal vez llegue á ser blanco junto á una mujer que creará tener derecho para considerarla como su inferior, y que tal vez - como ya se ha visto - no tendrá ni alma ni corazón?

- No, pero gracias á mi modo de pensar podré levantar muy alta la cabeza.

Siguióse una pausa, durante la cual Ernesto, acercándose al caballo, comenzó á examinarle con suma atención.

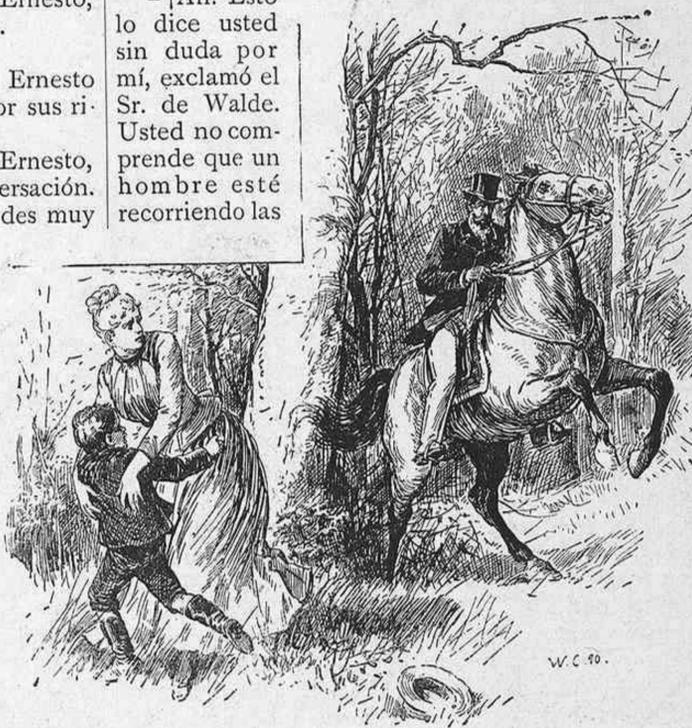
- Por lo que usted decía ayer, repuso el Sr. de Walde, deduje que le agradaba el país donde su familia ha venido á establecerse.

- Sí, y mucho.

- Lo comprendo, porque es uno de los más hermosos de Turingia... ¿Cómo puede usted, pues, tan fácilmente decidirse á abandonarlo?

- Fácilmente no es tal vez la palabra que se debería emplear en este caso; pero mi padre me demostró que es preciso siempre atender antes á la necesidad que á la comodidad, y yo lo he comprendido perfectamente; lo que no entiendo tan bien es que se pueda renunciar á la comodidad cuando no es indispensable imponerse este sacrificio.

- ¡Ah! Esto lo dice usted sin duda por mí, exclamó el Sr. de Walde. Usted no comprende que un hombre esté recorriendo las



El caballo saltó hacia atrás, encabritándose sobre los cuartos traseros

Pirámides voluntariamente, cuando podría vivir tranquilo y feliz al lado de su familia bajo el hermoso cielo de Turingia.

Un vivo rubor cubrió el rostro de Isabel, pues comprendió que el Sr. de Walde aludía á la conversación que tuvo con su tío bajo las ventanas de la casa forestal, y de la que él había sido oyente involuntario.

(Continuará)

EL JUBILEO DE LA REINA VICTORIA
DE INGLATERRA

El día 20 del presente mes se han cumplido sesenta años del advenimiento de la reina Victoria al trono de Inglaterra.

Para conmemorar tan solemne fecha hanse dispuesto en todo el reino unido y en todos los dominios ingleses magníficas fiestas en honor de Su Graciosa Majestad, fiestas que en Londres han revestido un carácter de grandiosidad no igualada hasta ahora por las que por motivos análogos se han celebrado en las cortes más fastuosas y en las más populosas capitales. Más de dos millones y medio de forasteros han acudido á la ciudad del Támesis deseosos de asistir á un espectáculo que difícilmente volverá á presenciar la actual generación, y de todos los países han llegado allí embajadas extraordinarias en representación de sus respectivos soberanos para asociarse al regocijo del pueblo inglés y felicitar á la reina que en su largo gobierno ha sabido engrandecer y hacer prosperar sus Estados y captarse el amor, rayano en veneración, de sus súbditos.

La reina Victoria Alejandrina, nacida en Londres, en el palacio de Kensington, en 24 de mayo de 1819, era hija única del duque de Kent y de la princesa Luisa Victoria de Sajonia Coburgo. Muerto en 1820 su padre, quedó como única heredera de su tío, el rey Guillermo IV, habiendo recibido



S. M. LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA,
dibujo de una fotografía hecha en el presente año

desde sus primeros años la educación que correspondía á la que había de sentarse en el trono de Inglaterra, educación que dirigieron la duquesa de Northumberland y lord Melbourne, quien la instruyó en el arte de gobernar, imbuyéndole las ideas que formaban el credo del partido *whig* ó liberal. En 20 de junio de 1837 fué proclamada reina por muerte de su tío y coronada en 28 de junio de 1838. Cuando se trató de su matrimonio, prescindió por completo de la razón de Estado, y siguiendo los impulsos de su corazón casóse con el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo-Gotha. Desde el primer día de su reinado ajustóse escrupulosamente á los preceptos del sistema constitucional y parlamentario, mas no se crea que carece de iniciativas y deje de hacer sentir su influencia sobre su gobierno; por el contrario, hay muchas cuestiones de política exterior y aun interior en las cuales ha dado siempre y da todavía el impulso decisivo. Por lo que toca á la política internacional, puede afirmarse que no sale del *Foreign Office* ningún decreto importante sin haber sido sometido á su inspección y sin que le haya puesto su *visto bueno*. La reina Victoria fué la que rechazó con gran energía la alianza de los franceses mientras estuvo en el trono Luis Felipe, y no accedió á visitar París, como este monarca deseaba. Más tarde, cuando subió al trono de Francia Napoleón III, la alianza entre ambas naciones fué un



JUBILEO DE LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA. — CORONACIÓN DE LA REINA VICTORIA EN 28 DE JUNIO DE 1838 EN LA ABADÍA DE WESTMINSTER (LONDRES)

facsimile del grabado de C. E. Wagstaff, copia del cuadro original de E. T. Parris

hecho, pues las tropas de los dos pueblos batiéronse juntas en Crimea contra los rusos. En 1855, poco después de una visita que Napoleón y su esposa le hicieron en su castillo de Windsor, la reina Victoria fué espontáneamente á París, en donde permaneció ocho días, admirando las maravillas de la Exposición Universal que entonces se celebraba en la capital francesa.

En 1861 falleció el príncipe Alberto, y desde entonces la reina Victoria ha llevado una existencia retirada, guardando luto por el que fué su amado esposo, hasta el punto de haber vestido con gran sencillez, siempre de negro ó de gris, pasando la mayor parte del año en su castillo de Balmoral y haciéndose generalmente representar por el príncipe de Gales en las solemnidades del reino.

La reina Victoria, que tiene una inteligencia muy clara y que posee vastos conocimientos, ha estudiado por sí misma hasta hace poco todos los asuntos que á su sanción se sometían; mas en estos últimos años, y á consecuencia de los achaques que padece, ha tenido que renunciar al examen de documentos que se refieren á cuestiones de poca monta, pero se entera todavía de los que revisten cierta importancia.

Hemos dicho que el reinado de la reina Victoria ha sido fecundo en prosperidades para la Gran Bretaña, y para demostrarlo bastará citar los siguientes datos: durante el mismo, la deuda pública ha disminuído en seis mil millones de pesetas, habiéndose rebajado desde 21 á 11 pesetas lo que cada individuo pagaba para subvenir á los gastos de este capítulo. No hay año en que los presupuestos no se cierran con superávit; el ejército y la marina tienen presupuestos enormes, y á pesar de esto, gracias á una administración proba é inteligente, todos los servicios están atendidos con gran esmero y con verdadera esplendidez. El comercio se ha desarrollado de un modo portentoso, se han adquirido nuevas colonias y se han ensanchado considerablemente algunas antiguas y poderosas escuadras, que juntas forman la mayor flota del mundo, pasean el pabellón inglés por todos los mares del globo. El comercio y la industria han realizado portentosos progresos y al par de ellos han florecido las ciencias, las letras y las artes.

Razón tiene por consiguiente el pueblo inglés para festejar con inusitado esplendor á su soberana con motivo del sexagésimo aniversario de su entronización y en dar carácter verdaderamente nacional á las

grandiosas fiestas celebradas en Londres, porque estas fiestas, si por un lado son la apoteosis de una reina que ha dado desde el trono admirables ejemplos de virtud, de talento, de discreción, de serenidad de ánimo y de constante y ferviente amor á su país, por otro representan por modo elocuentísimo una recapitulación de todas las glorias conseguidas y de todos los adelantos logrados por la Gran Bretaña en el transcurso de esos sesenta años de reinado.

Las fiestas han sido suntuosas, según las noticias que la prensa diaria ha publicado, y el entusiasmo con que el pueblo ha aclamado á su amada reina ha rayado en delirio: la procesión, la ceremonia religiosa en la iglesia de San Pablo, la revista naval, todo ha revestido una magnificencia sin precedentes, pudiendo afirmarse que ningún soberano del mundo ha presenciado una manifestación tan brillante y tan espontánea como la que ha visto organizada en su honor la reina Victoria.

Como tendremos ocasión de hablar más detalladamente de estos festejos cuando publiquemos los grabados que á ellos se refieren, hacemos punto final en estas ligeras consideraciones, dedicadas exclusivamente á la augusta soberana de Inglaterra. — X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 LA VERNA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY
 Y en todas las Farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

PRIMÈRE DE CHANTILLI
 ORLÈANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras • Alcance • Esguinces • Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas • Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estenden á todos los animales.
BLACK MIXTURE MÉRÉ
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, en PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito, Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ie}, Nos. 102, R. Richelieu, PARIS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Exigase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas
 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Graageas de BERGOTINA BONJEAN
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ie}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.
HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Graageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
 Acritud de la Sangre, Herpetismo, Acne y Dermatitis.
 CH. FAVROT y C^{ie}, Farmacuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PATE ÉPILATOIRE DUSSER
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Maniobras, cuadro de José Cusachs (Salón Robira)

CARRERAS-CAZA
EMBROCCACIÓN MÈRE de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÈRE FARM. ORLEANS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los **flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc.** Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos. El doctor **HEURTELOUP**, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de **flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.** — **DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.**

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MÉDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I — CARNE - QUINA
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II — CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen también bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con **BISMUTHO y MAGNESIA**
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD**, Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó **Leche Candès**
 pura ó mezclada con agua, disipa **PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA**
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et C^{ie} en París
 B^e St-Denis, 18

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL de los **JORET HOMOLLE**
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FR^{es} BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la **ACADEMIA DE MEDICINA**
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de **PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**
 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS**
CASTRITIS - CASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

SIMIENDE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso **Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).**
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita : **1 fr. 30**

POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el **Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Calda del pelo.** — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto : **2 fr. ; franco, 2 fr. 15** en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la **POMADA FONTAINE**
 La Bola : **2 fr. ; franco, 2 fr. 15** en sellos de correo.
TARIN, Farmaceutico de 1^a Clase, ex-Interno de los Hospitales
PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores **Laënnec, Thénard, Guersant, etc.**; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS.**

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, **Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.,** 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

UNGUENTO ROJO MÈRE DE CHANTILLY
CURACIÓN SIN TRAZAS
DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÈRE FARM. ORLEANS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN